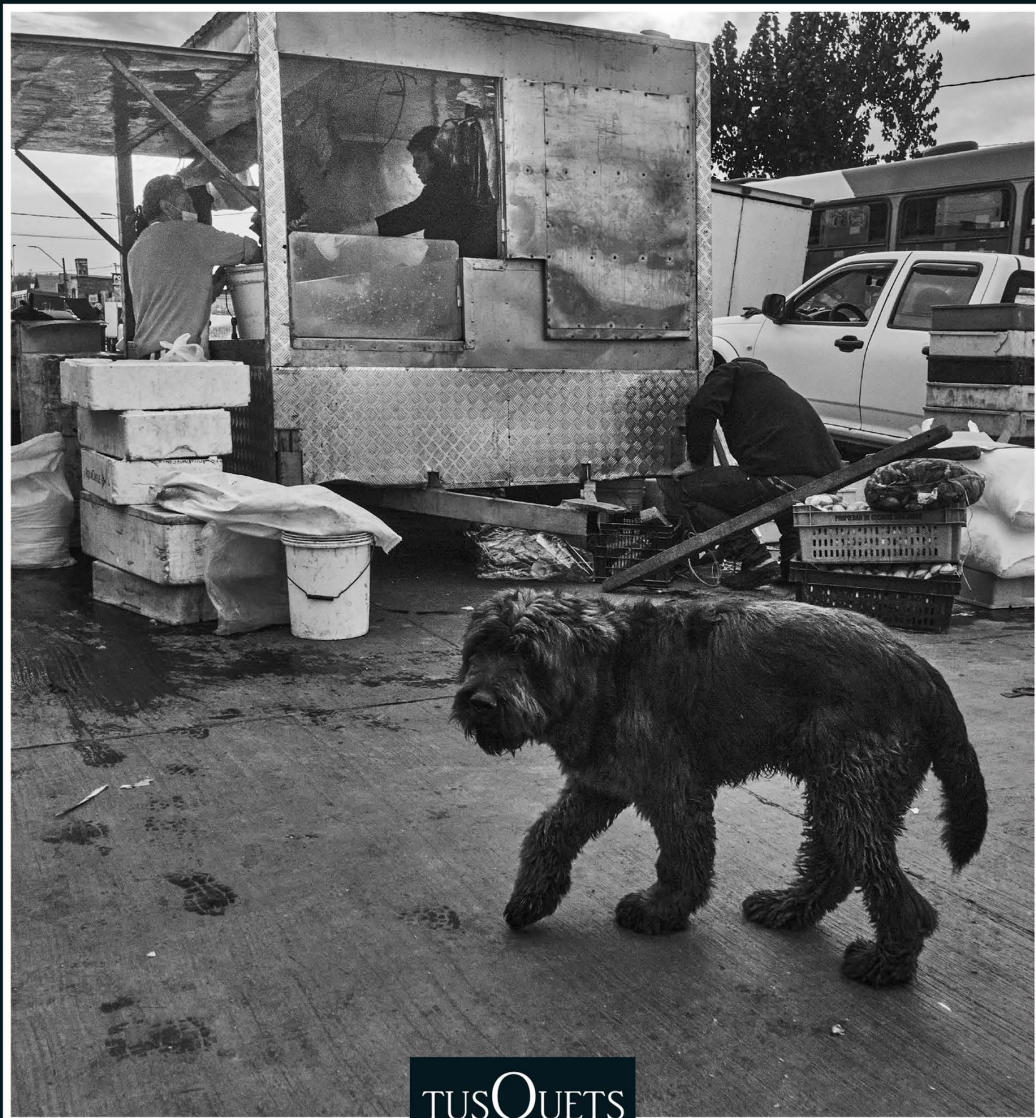


Álvaro Campos

NEGOCIO FAMILIAR

Sobre el trabajo, la riqueza y el progreso

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

NEGOCIO FAMILIAR



colección andanzas

ÁLVARO CAMPOS
NEGOCIO FAMILIAR

Sobre el trabajo, la riqueza y el progreso

TUSQUETS
EDITORES

1ª edición: abril de 2025

© Álvaro Campos

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Imagen de portada (“Perro en la feria de Pudahuel”)
e imágenes del interior © Álvaro Campos

Reservados todos los derechos de esta edición para
© 2025, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso,
Providencia, Santiago de Chile

ISBN: 978-956-6368-31-1

RPI: 2025-A-696

Impresión y encuadernación:
Impreso en Chile

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

*La vida pesa su poco
Cuando estás
Constantemente en su exterior
Tienes que trabajar
Como mula
Remar como esclavo
Y dormir con un ojo abierto
Para librar*

*A veces sueño que nunca entré
En esta senda ruinosa
Pero luego pienso que tampoco está tan mal*

*Yo nací en este
Negocio familiar
Después de todo*

MARK LANEGAN¹

1. Traducido por José T. Labarthe.

La clave para leer este texto —que es y no es un ensayo, que es y no es una novela— me la dio una de las entradas en Facebook del propio Álvaro Campos. Facebook hace ya algún tiempo no tiene más utilidad que leer al propio Campos y descubrir la muerte de amigos y enemigos que alguna vez se tuvo. En esa entrada Campos reivindica, con la sorpresa de un descubrimiento, la figura de Antoine de Rivarol, pero también a la de Chamfort y la de Luc de Clapiers, marqués de Vauvenargues. Los tres, conocidos por su insolencia, desplegaron lo mejor de su ingenio en aforismos, anécdotas, chistes o chismes que dejaron en la sombra las voluminosas obras que emprendieron para la posteridad y que nadie lee hoy. Los tres vivieron en el Antiguo Régimen, la monarquía absoluta francesa, y los dos primeros fueron parte de la Revolución Francesa. Incómodos, sobre todo Chamfort: un entusiasta revolucionario, secretario de los jacobinos hasta que, decepcionado, sin esperar su turno en la guillotina, intentó suicidarse varias veces. Sus aforismos y anécdotas, resúmenes de diversas historias que aleccionan sin mo-

raleja, tienen mucho de la gracia distante y abrazadora de los textos de Álvaro Campos, mucho de su distancia, mucho de su urgencia. Mucho de su lucidez también, mucho de una sinceridad a contrapelo de una época que necesitaba “convicciones”, es decir, mentiras entusiastas.

Esa cercanía entre dos personajes tan diversos, un cortesano de Versalles devenido revolucionario a tiempo parcial en la Francia del siglo XVIII, y el hijo de un comerciante de la periferia de Santiago en el siglo XXI, tiene que ver con que comparten una posición en el mundo. Los une una revolución, o el aborto de una revolución, en el caso chileno. Álvaro Campos lleva escribiendo toda la vida, intentando, sin embargo, publicar lo menos posible. Su destino, su forma de pensar, es literaria, pero rechaza como puede “profesionalizar” la escritura, es decir, hacerse parte de la élite letrada del país, sus talleres literarios, sus editoriales independientes, sus “ciudades en cien palabras”, sus revistas casi universitarias, sus delegaciones a ferias del libro.

Su empeño en no aparecer se rompió, sin embargo, en la época del estallido. Un enorme accidente de tráfico vio a las mejores y las peores mentes de mi generación y la que me sigue hablar con fiebre de las necesidades y postergaciones de un pueblo fantasma. Pueblo que se negó a hablar con su propia voz todo lo que duró su supuesto “despertar”.

Aparecieron entonces sus intérpretes. Todos vivían en las mismas tres comunas, escuchaban la misma música y

veían las mismas películas que los “privilegiados”, pero habían tenido alguna vez el honor de haber vivido una infancia en Maipú, o en Puente Alto o en Pudahuel cuando se llamaba Barrancas.

Pensaban que esa pertenencia infantil, que a veces era solo la de sus padres que se quedaron allá, les daba un conocimiento que les era negado a quienes nacieron en las mismas comunas que habitaban ahora (Ñuñoa, Providencia, Las Condes y solo a veces, pocas veces, Santiago).

Olvidaban que la nostalgia, el desarraigo, la huida, es también una forma de lejanía. Que haber sido pobre no solo no es lo mismo que serlo, sino que puede ser exactamente lo contrario. De ahí el acento condescendiente, engolado, sentimentaloides que le imprimieron a sus evocaciones clase medieras o “populáricas”. Ahí también la rabia impostada que era la del dolor sufrido y la del placer de haberse salvado.

Álvaro Campos vino a restituir entonces un equilibrio perdido. Desde el mostrador del almacén familiar nos contó lo que realmente le ocurría a esa generación que gozó de más educación que ninguna otra en la historia de Chile que, como Moisés, vio la tierra prometida pero no la pisó, porque quizás no existía.

El autor vino a negar que la violencia irracional tenía en la desigualdad de las periferias una razón que ocultar, pero se hizo cargo de otras incomodidades: la de unas lecturas dispares y salvajes, de una curiosidad inesperada en un mundo profundamente satisfecho de sí mismo,

cerrado en sus propias referencias, que ya no soñaba con llegar al centro porque ese centro, sus colegios y universidades elitistas, los habían desintegrado las élites que se supone querían salvarlos de la desigualdad.

Campos se convirtió, antes de ser el escritor con alas propias que este libro testimonia, en la prueba de que una inesperada libertad intelectual había empezado a habitar en lo que los sociólogos llamaban “los vulnerables”, cuando no los llamaban “los marginados”. O que esa vulnerabilidad nunca fue tal, que una profunda y desconocida comodidad habitaba los barrios periféricos, pero también las mentes periféricas, lejanas a esta pena capital que son la novela y el cuento, de las que Álvaro Campos es la mejor expresión.

Porque en la elección misma de instrumentos y sus reglas del juego, el aforismo publicado en la desprestigiada red social de Facebook, Álvaro Campos demuestra una profunda rebeldía, la más profunda de las rebeldías, la rebeldía de ser un clásico. Un lenguaje conciso, lúcido, que vuelve sobre sí mismo, que cita para comprender mejor, que trabaja por capas, pacientemente, con una modestia que es a veces falsa, que deriva en una verdadera inocencia, es decir, en la sorpresa de encontrarse ante los libros y las cosas, las conversaciones ajenas y los monólogos propios, sin formas heredadas, sin énfasis prestados, tratando de entender de una manera innegablemente propia el mundo del que le tocó ser testigo.

Sin tratar de apiadarse ni de enorgullecer a nadie habla entonces Álvaro del pequeño negocio de sus padres, que es también el suyo, sus amistades dentro del barrio y fuera de él, la envidia, las lecturas, las muchas lecturas que informan su arte de asombrarse, indignarse y burlarse, todo eso sin estridencia, con suave densidad, tratando de aprender antes de aleccionar, de polemizar a veces sin trenzarse del todo nunca en la pelea, como si llevara mil años viviendo o como si, recién llegado, le interesara más anotar las extrañezas del lugar más que sus fallas y límites.

Esto que se podría decir de todo lo que he leído de Álvaro Campos es especialmente cierto en este libro, donde emprende quizás el más aventuroso de los ejercicios: hablar de plata en un mundo en que esta ha reemplazado del todo al sexo. O peor aún, hablar de poca plata, pero no de demasiado poca. Hablar de la pequeña burguesía, esa que la gran burguesía odiaba por pequeña y que los estudiantes y proletarios odiaban simplemente por ser burguesía. Álvaro Campos relee los clásicos del liberalismo económico y político a la luz de lo que ha sido nuestra educación sentimental, que no ha sido otra que el pituto, la pega, la AFP, los depósitos a plazo, la isapres y Fonasa. Las transformaciones no solo de instrumentos económicos sino de visiones filosóficas asociadas a ellos, que nos han convertido a todos en especuladores bursátiles, dueños más o menos fantasmales de ahorros también fantasmales.

Álvaro Campos, al alejar la queja y la reivindicación de su posibilidad, ve pasar el mundo del otro lado del mostrador del pequeño negocio familiar. Lo que ve son clientes, deudas, deudos, su propia ambición de escritor que no quiere que nadie sepa que escribe, las propias contradicciones y las del mundo que lo rodea, que ausculta con la precisión de un termómetro.

No es una novela, no quiere serlo, aunque su división en tiempos del día y su manera de contar los clientes nos haga pensar siempre en una narración que podría, en cualquier momento, arrancar de estos trozos de pensamientos, lecturas, observaciones o simples desahogos. Una novela fantasma del chico del almacén, la historia por contar del que, como el Gorrión de Conchalí, no se cambia de barrio, pero ve al barrio cambiar perpetuamente.

Como en toda buena novela, estas dos transformaciones paralelas, la del mundo que rodea al narrador y la del narrador puertas adentro de su propia conciencia, van construyendo una trama de encuentros y desencuentros que nos permite imaginar lo que el libro no cuenta del todo: casas, hijos, amores, bolsas de agua colgando del techo para engañar a las moscas, perros que se rascan hasta sangrar en una sola mancha de sol. Horas, días, muertes, traiciones, mientras detrás del mesón, el hijo que ya es padre piensa en Leonardo da Vinci o Armando Uribe, ve su propia vida pasar y cambiar sin que nada cambie del todo, porque el dinero con que compramos

nuestra vida no nos compra, ni por asomo, una muerte distinta a la que nos toca.

Mientras la muerte no llega, Álvaro Campos, como Chamfort, Lichtenberg, Nietzsche o Cioran, da vueltas alrededor de dos o tres ideas, una canción, un recuerdo, restos de distintos naufragios con que va armando sobre la playa el mapa imposible de un barco que nunca zarpó del todo.

RAFAEL GUMUCIO

MAÑANA



No de la benevolencia del carnicero, sino de sus miras al interés propio, es de quien esperamos y debemos esperar nuestro alimento.

ADAM SMITH, *La riqueza de las naciones*, 1776

Uno es servido honradamente, pero esto no es ni mucho menos suficiente para creer que el comerciante haya obrado así por deber o por principios de honradez: lo exigía su provecho.

IMMANUEL KANT, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, 1785

Así lo he conocido toda mi vida: el negocio. También lo llaman almacén, local y, en las traducciones españolas de novelas antiguas, tiendas, de donde derivaba muchas veces el insulto (por poco intelectual) de tendero.

Nunca entendí ni el negocio ni mi vida hasta que me hice cargo de ambas. Soy un tendero, el filisteo, el enemigo de los filósofos y poetas malditos, a excepción de Baudelaire que lo defiende con respeto: “El almacenero [*épiciér*] es algo grande, ¡un hombre divino que hay que respetar, *homo bonae voluntatis*! [hombre de buena voluntad]”.

Mi padre, producto de los grandes despidos de trabajadores de la crisis de 1982, se lanzó a la aventura de ser tendero, y le cambió la vida y también la mente. Mi padre, que en su juventud había votado por Allende, ahora en plena recesión se sumaba al tren de los autónomos, como le dicen en España. Autónomos es una palabra moderna para identificar a los que se ocupan exclu-

sivamente de sus propios asuntos y que los griegos identificaban con los *idiotes* (ciudadano privado). Ningún tendero puede ser de izquierda (aunque actúe de ello): lo dice el sentido común y también lo dice Marx, que lo confina como aliado de la burguesía.

Mi padre tiene una extraña religión sin ser él propiamente religioso. Cree en dios, pero como los comerciantes ingleses. No se mete con nadie y nadie se mete con él. Yo, de hecho, ni siquiera soy bautizado. Pero muy niño, con el negocio ya instalado, fui testigo de su primera manifestación de fe comercial. Me mandó a barrer el negocio y al ver que llevaba la basura hacia dentro me retó y me dijo que eso jamás se hacía. Siempre se barre hacia afuera. Ahí comprendí, sin sospechar siquiera el espíritu del capitalismo tan anunciado por Max Weber, que el negocio también tiene una estructura religiosa.

“Este afán de atarearse, esta pasión de enriquecerse cun-
de de clase en clase, desde el obrero hasta el magnate.
Nadie quiere ser más pobre que el que vive en un grado
inmediatamente inferior al suyo” (Montesquieu, *Cartas
persas*, 1717).

La mamá del Chino Ríos contaba que cuando su hijo llegaba a la casa le preguntaba cómo le había ido, y él

siempre contestaba con un austero “bien”. Ella iba al auto y allí estaban los trofeos; si no los sacaba ella, ahí quedaban tirados.

Rimbaud en África y su deseo de convertirse en un fotógrafo naturalista: quiere documentar paisajes y lugares nuevos. Ya no es un poeta, sino un comerciante con intereses de geógrafo. Llega a pedir todos los implementos fotográficos para su proyecto e incluso comienza su labor de fotografiar escenas callejeras en su estancia en Etiopía. Sin embargo, ¡ni una sola foto clara de Rimbaud en África! Puedo ver medianamente dos o tres, él siempre con el afán de inmortalizarse, pero sin el dominio técnico del nuevo “aparato para tomas fotográficas”. Se ve lejano, muy distinto al niño inmutable que había fotografiado Carjat hacía unos años y que colma la portada de sus libros. No era ya Rimbaud, no pretendía serlo. Lo importante era la estampa, el rifle, el paisaje. Lo principal es el comercio.

En una carta de 1881 escribe a su familia: “Pedimos una cámara fotográfica, y les enviaré vistas del país y de la gente. También recibiremos el material de preparación de Historia Natural, y podré enviarles vistas de pájaros y animales que todavía no se han visto en Europa...”.

Cuando se le pregunta en África por su poesía él contesta: “¡Bah!, borracherías”. Y con respecto a los poetas,